

## El mapa del Ejército

Muchas veces, los recuerdos quedan encerrados en cajas, y no es una metáfora. Si no se abren, quedan en el olvido, pero en ocasiones, fruto del azar, o incluso de la necesidad, estos recuerdos reaparecen.

Y así le sucedió a Marcos. Embarcado en una mudanza, y a pesar de su manía de nunca tirar nada, no le quedaba más remedio que meterse al trastero a deshacerse de todo aquello que no necesitaba, o dicho de otra forma, que no encajaba en su nuevo hogar. Armándose de paciencia, fue deshaciéndose de recuerdos y tirando viejos apuntes, lotes de cassettes, material deportivo, hasta que encontró, camuflada entre otras cajas, la cesta de los mapas.

Años atrás, esta cesta ocupaba un lugar de privilegio en su habitación, y a menudo recurría a ella para planificar las salidas a la sierra, las acampadas y las rutas que aún, aunque ya menos, seguía realizando con cierta frecuencia. Sin embargo, la posibilidad de descargar las rutas en el teléfono móvil, el equipamiento de los caminos y recorridos en la montaña, e incluso la propia experiencia, fueron haciendo cada vez más prescindibles sus queridos planos.

Siempre se había negado a tirarlos, porque contenían parte de su vida, y su sentencia comenzó el día que fueron desterrados al trastero. Sin embargo, aquella tarde tuvo la oportunidad de reencontrarse con la cesta. A pesar de las prisas, la volcó ilusionado y repasó mentalmente todos los recuerdos que escondían aquellos caminos y curvas de nivel. Algunos mapas estaban intactos, con planes en el olvido que nunca llegaron a buen puerto. Otros habían sido exprimidos, como ese mapa del Ejército, escala 1:50.000, de la Sierra de Guadarrama.

Sin darse cuenta, el viejo trozo de papel ya había activado el cerebro de Marcos, que recordaba hasta el día en el que compró ese mapa, en la Tienda Verde, junto con sus tres mejores amigos, para programar lo que iba a ser su primera acampada en solitario, sin la compañía de sus padres.

Aquel verano, en el que contaba trece años, era consciente que su vida se aproximaba hacia un cruce de caminos, pero no era consciente de la cantidad

de alternativas que ofrecían, ni de lo mucho que iban a cambiar las cosas desde ese momento.

Una de las razones de la acampada y uno de los caminos que se separaba en el horizonte, era el cambio que supondría no continuar juntos. Raúl se cambiaba al instituto, Nacho repetía curso –la acampada era una de sus tablas de salvación ante la frustración que esto le suponía-, y Marcos y Manuel eran los únicos que permanecerían, quien sabe, en la misma clase.

Marcos disfrutaba con la planificación del viaje, los preparativos, el olor del nuevo mapa y la perspectiva de unos días inolvidables.

Todos estos recuerdos afloraban en la mente de Marcos, sosteniendo entre sus manos el viejo plano, parcheado con celofán y lleno de apuntes e indicaciones, reflejos de lo que fue aquella semana.

Y a pesar de ver claro casi todo lo que sucedió entonces en la Sierra de Guadarrama, hubo algo que le llamó la atención a Marcos. Cerca del lugar donde pasaron la noche, vivaqueando, estaba señalado un círculo rojo que apenas se intuía. Repentinamente, volvieron a surgir los recuerdos. ¿No fue a la vuelta, bajando desde la Laguna de Los Pájaros hacia La Granja, cuando decidieron dejar una prueba de su amistad? Ahora recordaba todo.

No pudo dejar de sonreír cuando rememoró el momento en el que, la última noche de la travesía, Raúl sacaba una caja de galletas danesas que había mantenido escondida durante todos esos días, para dar un momento dulce a la despedida. Cada uno de ellos tenía la costumbre de llevar sorpresas a las acampadas, pero cargar con la caja de galletas durante una semana, para sacarla el último día, se llevaba la palma.

Y como aquello no podía quedar ahí, decidieron dar utilidad a la caja vacía. Así que improvisaron guardar, uno por uno, un recuerdo en la caja y enterrarla, con el compromiso de no volver a por ella hasta por lo menos el verano siguiente.

Pero si el mapa señalaba numerosos topónimos, sendas, caminos y pistas, la vida y el futuro de los cuatro amigos dibujaba infinitas alternativas más. Casi sin querer, y de forma muy gradual, se fueron distanciando, y aunque treinta años después no dejaban de llamarse por los cumpleaños, felicitarse por el nacimiento

de sus hijos, y quedar un par de veces al año para hablar de sus vidas, a nadie se le había ocurrido desenterrar aquella caja de galletas, escondida al pie de un pino silvestre, el primero de gran tamaño en cuanto las rocas y los piornos daban paso al pinar.

Escondida desde hacía tres décadas, no conocía su contenido. Habían hecho el pacto de cerrar los ojos mientras guardaban algo de valor para cada uno de ellos, cerrando a tientas la caja.

Ahora no le quedaba ninguna duda de que la próxima vez que se vieran, sería en el Puerto de Cotos, subiendo a la Laguna de los Pájaros, y tratando de encontrar aquella indicación del viejo mapa del ejército que marcaba el lugar donde estaba enterrada la caja.

A pesar de los compromisos personales, y una vida que casi no les dejaba tiempo para reunirse ni en su propia ciudad, la motivación de volver a encontrarse y desenterrar sus recuerdos supuso un impulso suficiente para reagruparse pocas semanas después.

Llegado el día, y para extender lo más posible el momento, dejaron los coches en Cercedilla y subieron en tren hasta Cotos, sumergidos en vivencias pasadas y desempolvando la memoria para descifrar el contenido de la caja.

Una vez emprendida la marcha, a pesar de haber pasado tanto tiempo, el olor del pinar, y el silencio sólo roto por sus voces, les trasladó a aquel verano rápidamente.

Nada había cambiado demasiado. Quizá recordaban las rutas con menos indicaciones, los caminos algo más consolidados, y la Laguna de Peñalara, hacia la que se desviaron para continuar recordando momentos, vallada para su protección. Tiempo atrás, habían refrescado sus pies en ella.

Continuaron su camino, y cuando alcanzaron la Laguna de los Pájaros, no pudieron evitar buscar el lugar donde habían hecho vivac, y la ocurrencia de esconder algunos objetos preciados en una caja. En ese momento, presas de una euforia no disimulada, tenían claro que la encontrarían.

A pesar de que el mapa no tenía demasiado detalle, y que el círculo indicaba una zona relativamente amplia, en su cabeza veían el enorme pino silvestre que,

poco después de iniciar el descenso hacia Valsaín, cobijaba el tesoro entre sus raíces.

A medida que se aproximaban al lugar indicado, mientras crecía su excitación, la ruta que indicaba el mapa tomaba una dirección que no coincidía con lo que tenían delante de sus ojos. No podían creer que, a pesar de haber transcurrido media vida, aquello hubiera cambiado. Posiblemente, aquel camino, tan pisoteado entonces y consolidado por el transcurrir del ganado, había ido paulatinamente muriendo para dejar paso a otro que descendía de forma más evidente por la ladera segoviana.

Lo que no había cambiado era el enorme pino. Y cuando estaban a punto de tirar la toalla, descubrieron, elevándose en el horizonte, la copa del árbol que tanto ansiaban encontrar.

Todo lo que siguió fue la guinda a aquel reencuentro de amigos. Los años habían mantenido a buen recaudo la caja de galletas, enterrada a no mucha profundidad, y con los objetos que había dejado cada uno de ellos resistiendo milagrosamente el paso del tiempo.

Así, fueron descubriendo uno a uno el cuaderno de campo con los dibujos y observaciones que anotaba Nacho día a día, la cajita negra con el carrete de fotos de Marcos sin revelar, la navaja suiza de Raúl, y la cinta de música favorita de Manuel que escuchaban, turnándose su walkman, y que nunca habían vuelto a oír desde aquellos días.

Días después, Marcos pensaba en aquella máxima que decía que las excursiones no duraban solo mientras se realizaban: eran el antes, con los preparativos, el durante, y el después, con los recuerdos. Después de treinta años, no podía estar más de acuerdo.